

Como citar este artículo:

Machado, M. C. (2014). La filosofía, la literatura y las ciencias humanas. Una mirada a la investigación interdisciplinaria. *Revista Eleuthera*, 11, 205-217.

LA FILOSOFÍA, LA LITERATURA Y LAS CIENCIAS HUMANAS. UNA MIRADA A LA INVESTIGACIÓN INTERDISCIPLINARIA.

PHILOSOPHY, LITERATURE AND HUMAN SCIENCES.
A LOOK AT INTERDISCIPLINARY RESEARCH.

MARÍA CRISTINA MACHADO TORO*

ELEUTHERA

Resumen

La reflexión de este artículo busca plantear dentro del marco epistemológico de las ciencias sociales y/o humanas, la importancia de restablecer el diálogo entre tres grandes tradiciones de pensamiento: la literatura, la filosofía y las ciencias, resaltando el valor de la investigación como experiencia de pensamiento y de diálogo.

Palabras clave: ciencias humanas, filosofía, literatura, investigación, interdisciplinariedad.

Abstract

The reflection of this article aims to bring up the importance of restoring a dialogue between the three great traditions of thought, literature, philosophy and science within the epistemological framework of the Social Sciences and/or Human Sciences, emphasizing the value of research as an experience of thought and dialogue.

Key words: human sciences, philosophy, literature, research, interdisciplinarity.

* Psicóloga de la Universidad Pontificia Bolivariana. Magíster en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia. Candidata a Doctora en Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Docente titular de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana. Miembro del grupo de investigación de Psicología, en su línea "Sujeto, sociedad y trabajo" de la Universidad Pontificia Bolivariana. El presente artículo de reflexión es producto de la investigación: "La literatura: una perspectiva para el estudio de la condición humana". E-mail: maria.machado@upb.edu.co.

Este artículo, fruto de la reflexión acerca de la cuestión metodológica en la investigación en ciencias humanas, pretende resaltar la importancia del diálogo entre saberes para favorecer nuevas vías de comprensión sobre el hombre y el fenómeno social. A partir de una aproximación a dos grandes tradiciones de pensamiento: la literaria y la filosófica, se buscará identificar condiciones de posibilidad para la consolidación de un verdadero diálogo entre campos de saber en el marco de la investigación académica.

Las ciencias humanas herederas del pensar filosófico y el hacer científico

Las ciencias humanas no aparecieron hasta que, bajo el efecto de algún racionalismo presionante, de algún problema científico no resuelto, de algún interés práctico, se decidió hacer pasar al hombre (a querer o no y con éxito mayor o menor) al lado de los objetos científicos; aparecieron el día en que el hombre se constituyó en la cultura occidental a la vez como aquello que hay que pensar y como aquello que hay que saber. (Foucault, 2007, p. 334)

Tomando como referencia el análisis que Michel Foucault realiza sobre las ciencias humanas, encontramos que estas nacen en el intersticio entre lo empírico y lo trascendental, entre la positividad y aquello que es del orden de los fundamentos, se consolidan en el espacio voluminoso y abierto entre tres grandes tradiciones epistémicas, a saber: la filosofía, las ciencias de la vida y las ciencias matemáticas y físicas (Foucault, 2007, p. 336).

Mientras que la filosofía trata de pensar al hombre en su finitud radical, las ciencias humanas quieren recorrer sus manifestaciones empíricas. Así, se ocupan de tres dimensiones del hombre: la vida, el trabajo y el lenguaje, dando origen a las diversas formas discursivas o disciplinarias desde las cuales se trata de aprehender al hombre como comportamiento, como ser de producción o como ser de lenguaje, lo que lleva a la conformación de disciplinas como la psicología, la sociología, la economía, la historia, la lingüística y en el margen la etnología y el psicoanálisis.

Si se lee con atención la historia de la consolidación de algunos de estos saberes, lo que se encuentra es que en el afán de delimitar su campo específico en el marco de la cientificidad, se presentó un profundo rechazo y desconocimiento de la tradición y, por consiguiente, del gran aporte que desde otros campos, como el filosófico y el artístico, se habían hecho en torno a la comprensión del hombre y sus formas de interacción.

Pese a esto, es preciso identificar a la filosofía como el tronco del cual brotan las denominadas ciencias humanas no solo por la inevitable referencia a la formación de los primeros

representantes de las nacientes disciplinas, sino por el legado teórico que desde la filosofía se dio al pensamiento sobre el individuo y el vínculo social. Sin embargo, estas ciencias nacen en un momento en el cual la filosofía se esforzaba por ser reconocida como una forma de conocimiento válido frente al discurso impuesto por el saber instrumental de la ciencia moderna, esto conlleva a que hayan aparecido precisamente en la tensión entre un campo filosófico muy menospreciado y un campo científico sobrevalorado, como bien lo señala Immanuel Wallerstein en el texto *Abrir las ciencias sociales*:

para el comienzo del siglo XIX, la división del conocimiento en dos campos ya había perdido el sentimiento de que los dos eran esferas “separadas pero iguales”, adquiriendo en cambio un sabor jerarquizado, por lo menos a los ojos de los científicos naturales —conocimiento cierto (ciencia) distinto a un conocimiento que era imaginado e incluso imaginario (lo que no era ciencia) [...] Este hecho marco la culminación de la ciencia natural de adquirir para sí una legitimación socio-intelectual, totalmente separada e incluso en oposición a otra forma de conocimiento llamada filosofía. (Wallerstein, 1999, p. 7-8)

El intento de superar la disyuntiva trajo consigo nuevas propuestas que, acogiendo o no el pensamiento filosófico, lograron mediar un acercamiento a un saber sobre la condición humana. Uno de los primeros intentos estuvo liderado por Augusto Comte, gestor del positivismo científico y de la nueva ciencia sociológica (Moulines, 1979), quien propuso consolidar dentro del gran ideal de unificación de la ciencia, la nueva *física social*; una ciencia encaminada a pensar el fenómeno social, siguiendo los parámetros propuestos por el método de las ciencias naturales (Wallerstein, 1999, p. 14). Sin embargo, esta propuesta positivista, en la que priman procedimientos deductivos y experimentales, encontrará en la naturaleza misma del objeto a estudiar -un fenómeno social marcado inevitablemente por la subjetividad- sus límites y posibilidades.

Un hombre móvil, cambiante, determinado más que por la razón por las fuerzas destructoras tan visibles en hechos como la guerra. Un hombre con ambición de poder y de lucha, capaz de hacer realidad aquello que antes solo el sueño y la ficción alcanzaba, capaz de crear su realidad a través de su ingenio y de someter a sus semejantes hasta manipular sus pensamientos y sus acciones; ese hombre-materia de un mundo de heterogeneidad exaltada en el miedo y la exclusión, es ahora el objeto de estudio de una nueva ciencia que no logra abarcar de manera precisa y universal la complejidad misma de su objeto.

No puede olvidarse que las nuevas disciplinas nacen en un momento en el que la ciencia es considerada como arma de poder, lo que no las exonera de los intereses políticos y económicos que determinaron sus fines y, por ende, sus métodos (Braunstein, 1978, p. 7-20). En este contexto, cabría preguntarse con Wallerstein: ¿las leyes deterministas que gobiernan el mundo

serán las mismas que determinen las posibilidades de invención en la investigación (humana)? (1999, p. 13).

Frente a esta pregunta y teniendo en cuenta las rápidas transformación del sujeto y del sistema social, solo cabría reconocer que frente al interés de la ciencia por captar una realidad objetiva, unificada y universal, las realidades del hombre rebasan estos parámetros, haciendo que las ciencias sociales y/o humanas estén condenadas a una incesante reinención. El enfoque positivista fue finalmente cuestionado, lo que permitió la apertura de un espacio para la creación de nuevos métodos de abordaje de las problemáticas y realidades humanas, permitiendo que desde diferentes posturas filosóficas, científicas y artísticas se nutra este nuevo campo.

Es a partir del llamado giro lingüístico y hermenéutico (Osorio, 2006), que el hombre vuelve a pensarse en relación directa con el lenguaje; ya no un lenguaje reducido a una estructura formal y constituida al servicio de la comunicación, sino a un lenguaje polisémico y figurativo sobre el cual se compone la realidad en su singularidad y multiplicidad. El hombre se piensa él mismo, como lenguaje, a la vez, que se inscribe en una realidad que se interpreta y se transforma a la par que se transforman las lógicas del discurso.

Desde esta nueva perspectiva el objeto de estudio de las ciencias humanas es pensado como *el mundo del hombre*, un producto del espíritu humano, algo creado históricamente y en constante cambio. Esto implica necesariamente un giro en la mirada dentro del terreno de la investigación, en la que el investigador quedará necesariamente inmerso en la realidad investigada (Galeano, 2004), lo cual diluye la dualidad y disparidad radical entre el sujeto y el objeto de la ciencia, presentando una relación cada vez más *horizontal* entre dos sujetos que buscan la construcción de nuevo conocimiento.

Las propuestas fenomenológicas hacen un llamado a introducir la subjetividad que había sido desterrada en aras del purismo científico. Los postulados de la filosofía hermenéutica cobran vida en discusiones académicas para nutrir nuevas metodologías aplicadas en las ciencias del hombre. Así, se comienza a hablar de narrativas, de metáforas, de analogías dentro del campo de la investigación social, lo cual recordará el legado que tanto la filosofía como la literatura y las ciencias del lenguaje habían dejado en el amplio terreno del conocimiento científico.

En este sentido encontramos que las propuestas de Husserl, Schleiermacher, Dilthey, Weber, Heidegger, entre otros, nutren los saberes sociales dirigiendo la mirada hacia la *comprensión* del ser humano y el hecho social, cuestionando los alcances de una ciencia puramente explicativa desde la cual se pretendía tratar los fenómenos sociales de la misma manera que eran tratados los fenómenos de la naturaleza (Mardones, 1991, p. 246). Esto avivará el debate en relación al método, a las formas posibles de conocer al hombre y el fenómeno social y a la concepción misma del objeto de estudio de estos saberes, debate que sigue estando vigente en el ámbito académico. En palabras de Óscar Almario García y Miguel Ángel Ruiz:

la historia de las ciencias humanas y sociales pone al descubierto los distintos, interrumpidos y retornados combates sobre lo posible, lo verosímil, la vida, lo humano y la libertad, a lo largo de varios siglos. Las ciencias sociales críticas (proyecto raciológico-dialógico) debieron librar sus propios combates para establecer una ruptura (aunque vale decir que nunca completa) con las ciencias positivas, que se expresa en el dilema entre explicar y comprender lo objetivo y lo subjetivo, la opción entre estructura y acción social, la disyuntiva entre lo diacrónico y lo sincrónico, la escogencia de escala entre lo micro y lo macro, para nombrar algunos de los más conocidos. (2008, p. 16)

Así pues, la tendencia a consolidar grandes teorías sociales que aborden desde un nivel macro la totalidad de la realidad humana, empieza a ser cuestionada y agujereada por otros saberes que consideran necesario partir de la construcción de un saber sobre lo micro para desde allí generar nuevas formas de comprensión de lo colectivo, teniendo en cuenta, por tanto, la particularidad de la experiencia subjetiva. Es así, como, desde los linderos de las ciencias, comienzan a fortalecerse otros discursos que además de intentar leer y comprender el fenómeno social buscarán retomar un saber sobre el alma humana, aportando de esta manera una nueva perspectiva a las nacientes disciplinas¹.

Hemos visto como el hombre en la modernidad se torna aquello que puede ser aprehendido, volviéndose *objeto de conocimiento y a la vez un sujeto de reconocimiento* (Morey, 1987, p. 19). En un primer momento, las ciencias humanas tratan de aislar al hombre para abordarlo desde sus manifestaciones positivas, tomando solo sus comportamientos, sus representaciones, sus maneras de proceder consigo mismo y con el otro, sin embargo, encontramos que el saber sobre la humano está fundado en una pregunta que toca el sentido de su existencia, de sus actos y sus proyecciones.

Si partimos de la valoración de la tradición, encontramos que en la base de lo que hoy conocemos como ciencias humanas está presente la gran pregunta filosófica por el ser del hombre. Si retomamos las tres preguntas kantianas: ¿qué puedo conocer?, ¿qué debo hacer?, ¿qué me es posible esperar?, nos enfrentamos con las tres grandes dimensiones del sujeto: en su ser cognoscente, en su ser de acción y en su ser trascendente, base de toda reflexión sobre la condición humana y el ser en sociedad (Foucault, 2007, p. 331).

Desde esta perspectiva es posible retomar con un sentido pleno, las consideraciones que Robert Nisbet trae en su texto *La formación del pensamiento sociológico* cuando afirma: “los grandes

¹ Es el caso del psicoanálisis y de investigadores como Sigmund Freud, quien no solo alimentó la discusión sobre el lugar y el papel que cumplía la psicología como disciplina dentro del marco de las ciencias, sino que evidenció la imposibilidad de dividir lo subjetivo y lo colectivo, lo micro y lo macro en la investigación social. Desde propuestas como la freudiana se puede reconocer que el saber sobre el hombre repercute directamente sobre el saber social (Freud, 1979, p. 67).

sociólogos jamás dejaron de ser filósofos morales y jamás dejaron de ser artistas” (1977, p. 37). Para Nisbet los grandes agentes de la teoría social no son solo *solucionadores de problemas*, sino también pensadores que utilizan la razón a la par de la intuición para la captación imaginativa y profunda de las cosas, son pensadores que reaccionan ante el mundo, más que como un *cientista* como un artista. Así, desde el interior mismo del discurso sociológico se recuerda la importancia de retomar la tradición del saber filosófico, a la vez de abrir un diálogo entre las nuevas ciencias y el arte, valorando el aporte que desde cada forma de pensamiento se brinda para la construcción de un saber sobre lo humano y el contexto social.

La literatura un espacio abierto para la comprensión del alma

Anteriormente, se ha resaltado la estrecha relación entre la filosofía y las jóvenes ciencias del hombre. Ahora, centraremos la atención en una tercera fuerza que motivó, y en gran medida determinó, nuevas formas de comprensión sobre lo humano: nos referimos al arte, en particular al arte literario. Así como la filosofía, la literatura tuvo gran repercusión en el nacimiento de las ciencias humanas; en un momento en el que la ciencia se ponía al servicio de las grandes ideologías de poder, la literatura se convirtió en la materialización de un pensamiento alterno que, acogiendo o no ideales políticos, morales y estéticos, fue capaz de resistir a la hegemonía del pensamiento y subvertir tanto el discurso de la ciencia como el de la *filosofía* misma.

Tanto la ciencia, la filosofía y el arte se presentan como formas diversas de creación, motivadas en gran medida por el enigma y la incertidumbre que plantea al hombre su condición mortal, su ser de lenguaje siempre inaprehensible y su mundo cifrado por los códigos de la naturaleza. Gilles Deleuze y Félix Guattari dedican sus esfuerzos a pensar las particularidades de estas tres grandes formas de pensamiento; anotando que cada una de ellas se ocupa de pensar problemas, más aún, de *enfrentar siempre el caos*, aunque de manera diversa (1993, p. 199).

El filósofo en tanto *amigo del concepto* lo enfrentará por medio de la configuración de un plano en el cual se crea el concepto mismo; una heterogeneidad que tiene consistencia, aún siendo fragmentaria. La ciencia por su parte, se encargará de consolidar funciones y proposiciones en un plano de referencia, mientras que el arte, a su vez, crea un plano de composición a partir del trabajo de la sensación. En palabras de Deleuze y Guattari:

la Filosofía hace surgir acontecimientos con sus conceptos, el arte erige monumentos con sus sensaciones y la ciencia construye estados de cosas con sus funciones, sin desconocer que una tupida red de correspondencias puede establecerse entre los planos. (1993, p. 200)

En este sentido, la filosofía, la ciencia y el arte no pueden tomarse de manera exclusiva como una herramienta o una técnica para lograr determinado fin, tampoco pueden reducirse a un producto o resultado concreto. En lugar de ello, es posible encontrar que estas tres *formas de pensamiento* conllevan una praxis particular de donde se deriva la creación de nuevas materialidades y nuevas formas de composición del espacio-mundo. Desde la construcción de los conceptos, el trabajo de las sensaciones y la sistematización de las funciones se pone de relieve la valoración de los tres campos como formas diversas de aproximación, que aportan de manera parcial a la comprensión y abordaje del hombre tanto en su ser individual como colectivo.

Ahora bien, si revisamos el proceso de consolidación de las ciencias sociales se puede evidenciar que en lugar de la valoración entre estos tres campos, se encuentra un camino marcado por rupturas y desencuentros. En el texto *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, Wolf Lepenies (1994) relata cómo en los albores de la ciencia social se evidenciaba en los académicos, un rechazo a tener en cuenta dentro de sus consideraciones el material aportado por el pensamiento filosófico y las composiciones artísticas, sin embargo, este rechazo se transformará, posteriormente en valoración, al encontrar en ellos algo diferente de un horizonte estético-especulativo. Esto se puede evidenciar en el caso de autores como Augusto Comte y John Stuart Mill, en quienes puede verse un viraje en su concepción sobre el arte literario, pudiendo ver que aquello que en principio era oposición radical, posteriormente, se convertirá en un valioso reconocimiento. Dice Lepenies:

con una simultaneidad desconcertante en parte, tanto Comte como Mill atravesaron graves crisis espirituales; ambos las atribuyeron a la exagerada intelectualización de su respectiva vida y de su quehacer científico. Ante ellas reaccionaron con una rehabilitación de la cultura del sentimiento y un dramático viraje de sus conceptos de los valores: frente a las ciencias, la literatura adquiriría un significado cada vez mayor. (Lepenies, 1994, p. 106)

La música, la pintura y la literatura que en principio fueron tanto para Comte como para Mill “solo medios para un fin; creando las premisas sentimentales para una producción intelectual, sin ser parte de esta” (Lepenies, 1994, p. 17) pasan a ser valoradas de tal manera que, en las obras maestras literarias, se llega a encontrar el mejor medio para deducir el carácter fundamental de una época; reconociendo, a su vez, que en gran medida los poetas anticipaban los resultados de las ciencias (Lepenies, 1994, p. 29-32). Esto coincide con la anotación que hará el padre del psicoanálisis Sigmund Freud, en 1906, cuando escribe su texto sobre la *Gradiva* de W. Jensen:

los poetas son unos aliados valiosos y su testimonio ha de estimarse en mucho, pues suelen saber de una multitud de cosas entre cielo y tierra con cuya existencia ni sueña nuestra sabiduría académica. Y en la ciencia del alma se han adelantado grandemente a nosotros, hombres vulgares, pues se nutren de fuentes que todavía no hemos abierto para la ciencia. (Freud, 1979, p. 8)

Es así como la literatura pasa de ser valorada en tanto medio y llega a ser reconocida como una fuente desde la cual puede leerse, no solo la realidad de una época sino también lo más propio del alma humana, aquello que desde la ciencia y la filosofía no logra discernirse, aquello que escapa a los parámetros de medición y al espíritu racionalista y empírico de la ciencia.

Las anotaciones que Freud trae en su texto, y que en autores como Lepenies se actualizan, nos sitúan en el transcurrir histórico de las ciencias, revelando no solo la disputa por la validación y el reconocimiento de cierto tipo de saber en las esferas del conocimiento, sino también la importancia de incorporar formas diversas de pensamiento, como aquel producido a través de la obra artística desde el cual es posible proponer vías alternas de comprensión sobre lo humano. Cabe anotar que en el recorrido hacia su consolidación las ciencias sociales y humanas, parecen haber olvidado la experiencia de estos grandes pensadores siguiendo su marcha en dirección más hacia el rechazo que hacia la apertura y el diálogo, el cual es, aún hoy difícil de entablar.

Hacia la construcción de un método de investigación

Las cosas pequeñas son inconcebiblemente más importantes que todo lo que hasta ahora se ha considerado importante. Justo aquí es preciso comenzar a cambiar lo aprendido. Lo que la humanidad ha tomado en serio hasta este momento no son ni siquiera realidades, son meras imaginaciones, o hablando con más rigor, mentiras nacidas de los instintos malos de naturalezas enfermas, de naturalezas nocivas en el sentido más "hondo", Todos los conceptos [...] han sido falseados por el hecho de haber aprendido a despreciar las cosas "pequeñas", quiero decir, los asuntos fundamentales de la vida. (Nietzsche, 1985 p. 53)

Crear conceptos, analizar sensaciones, formular proposiciones, son vías diversas en el camino investigativo. El acercarnos a tres formas de pensamiento como son la literatura, la ciencia y la filosofía, plantea de antemano una cuestión metodológica debido a que cada uno de estos planos adopta maneras particulares para abordar al hombre y al fenómeno social en su complejidad. Pensar la cuestión metodológica para la investigación en ciencias humanas y/o

sociales, supone partir de una propuesta fundada en el *debate*, el *rigor* y la *búsqueda*; principios del arte investigativo.

Querer hablar de la investigación como un arte, implica asumir que la investigación más allá de ser un ejercicio de réplica del conocimiento es un ejercicio creativo. La investigación en nuestros días está inserta en un sistema en el cual se busca la obtención apresurada de resultados tangibles que hagan de sus productos un bien para el mercado, lo que convierte este arte en un ejercicio de reproducción, que si bien, en algunos casos, satisface las demandas del sistema, descuida el sentido mismo del acto de investigar.

Es, entonces, necesario hacer un alto en el camino para revisar conceptos que se han ido cargando de sentido y que al final solo generan estereotipos e incluso paradigmas insostenibles. Uno de esos conceptos es precisamente el concepto de *rigor*, el cual se ha malentendido al identificarse con otros conceptos como el de *exactitud*, *objetividad*, *verdad*, desvirtuando la posibilidad de hablar de un rigor propio en investigación por fuera del discurso positivo. Esto se ratifica al encontrar, aún en nuestros claustros académicos, la división dicotómica entre el conocimiento científico y el supuestamente especulativo según se hayan cumplido o no las directrices metodológicas de una ciencia empírico-analítica, lo cual nos vuelve a situar en la disputa entre los saberes.

¿Qué es científico y que no lo es? ¿Qué es filosofía y que no lo es? ¿Qué es arte y que no lo es? Si bien cada región se ha esforzado en demarcar sus límites, las fronteras no podrán ser definidas bajo criterios como la exactitud, la pertinencia o validez de acuerdo a un supuesto ajuste a la realidad, debido a que la realidad humana se ha manifestado cada vez más compleja e imprecisa. La especialización acorde al objeto de estudio y a los fines que se plantean deberá ser, quizás, el criterio para la delimitación de los campos; especialización que implica tanto el reconocimiento de la complejidad del mundo y sus realidades como de las diferencias que cada forma de abordaje presenta.

Crear conceptos, esculpir con palabras una idea, sentir la realidad e intentar aprehenderla con abstracciones científicas son algunos de los medios que tenemos para componer nuestras preguntas y abordar nuestra realidad. A menudo, el método se convierte en una camisa de fuerza que logra constreñir la investigación misma. Así como el pie de la cenicienta debe encajar en la zapatilla del príncipe, en ocasiones se cree que el objeto de investigación debe encajar en un método incluso antes de ser definido, sin embargo, es preciso comenzar a deshacerse de aparatajes impuestos si queremos realmente enfrentar las preguntas que realmente nos conciernen. En este sentido cabe recordar las palabras de Óscar Almarío García y Miguel Ángel Ruiz cuando afirman:

no es el comportamiento del investigador social lo que obliga a seguir un método previamente establecido, sino la realidad misma de lo que es estudiado, lo que representa un desafío para que la imaginación analítica e interpretativa este abierta a seguir instrumentos ya ensayados o para diseñar nuevos dispositivos que se correspondan con la lógica de las cosas. (García y Ruiz, 2008, p. 25)

Desde esta perspectiva la realidad a estudiar será, pues, la que prime al construir un método de investigación lo cual es olvidado al conferir de manera exclusiva el estatus de fiabilidad en los métodos tradicionales poniendo en ellos, a su vez, el gran peso de la convalidación del conocimiento. Seguimos atados al temor de la falta de exactitud, huella imborrable de la tradición moderna. La universalidad de la ciencia, la objetividad, la empiricidad llegan a convertirse en formas de medición de la *verdad*, que excluyen aquello que no se presenta en cifras universales o que no pueda ser demostrado en el laboratorio.

En este punto cobran sentido las palabras de Heidegger cuando en su texto “La época de la imagen del mundo” escribe: “todas las ciencias del espíritu e incluso todas las ciencias que estudian lo vivo, tienen que ser necesariamente inexactas si quieren ser rigurosas” (1995, p. 87); por lo que, precisamente, si queremos hacer primar el objeto de estudio sobre el método de investigación, debemos contar con que el hombre y el fenómeno social son quizá lo más amorfo, irregular, inexacto, impredecible, fluctuante e incluso inaprehensible. En palabras de George Marcus y Michel Fischer en su texto, *La antropología como crítica cultural: Un momento experimental en las Ciencias Humanas*:

la única manera de alcanzar una visión rigurosa y un conocimiento fiel del mundo es el recurso a una epistemología refinada que tenga plenamente en cuenta la contradicción, la paradoja, la ironía y la incertidumbre irreductibles en la explicación de las actividades humanas. (2000, p. 37)

La investigación social y humana supone rigor, empero, un rigor que cuente con la particularidad de su objeto, esto implica la apertura y la disposición al reconocimiento de lo otro, lo irregular como también de lo propio y lo subjetivo. La investigación social encarna el principio de experiencia y experiencia aquí no es equiparable a lo que la ciencia moderna sintetiza como experimento; la experiencia implica *estar allí, vivir, reconocer-se dentro* de su pregunta, *leer-se* en su ‘objeto’, que más que entenderse como un hecho empírico o fenómeno es una construcción a partir del *estar en el mundo*.

El experimento se reduce en palabras de Heidegger, al afán de “representar una condición según la cual un determinado conjunto de movimientos puede ser seguido en la necesidad de su transcurso o, lo que es lo mismo, puede tornarse apto a ser dominado por medio del cálculo” (1995, p. 87). El experimento en la ciencia moderna al estar determinado por una

ley que le precede, se olvida de la observación de las cosas mismas y de las cosas mínimas, lo cual nos lleva a retomar las palabras de Nietzsche en el epígrafe de este apartado, en el cual el pensador alemán hace una seria denuncia frente a la ciencia y a la filosofía establecidos como discursos que presumen acceder a una 'verdad' sobre el hombre, olvidando los asuntos fundamentales de la vida (Nietzsche, 1985, p. 53).

En las ciencias humanas nos situamos frente a un hecho, un fenómeno, un caso, un texto, pero ese hecho, fenómeno, caso o texto no podrá leerse como un objeto concreto, estático y universal, pues está irremediamente atravesado por la forma en que los sujetos, la comunidad o el grupo hacen de él un problema, una pregunta.

No se puede olvidar que la investigación parte de la posibilidad que tiene el ser humano de hacerse preguntas y esas preguntas parten, a su vez, de la capacidad que tiene el hombre de asombrarse ante aquello que estando velado insinúa revelarse, lo cual implica que en el universo cognitivo pueda existir una falla, un enigma frente a la comprensión de las cosas (Savater, 2004, p. 48). Paradójicamente, el mundo que hoy se nos plantea como sociedad de la información o del conocimiento nos separa cada vez más de ese principio. Hacernos preguntas hoy es cada vez más difícil, ya que habitamos una red de información que hace vana la búsqueda, ya que para cada pregunta hay en un segundo una respuesta, más aún, hay miles de respuestas que navegan en un espacio invisible que parece competir con la infinitud del mundo de las ideas.

Las nuevas propuestas metodológicas en investigación en ciencias humanas, hacen visible el reto al que se está enfrentado el investigador social en nuestros días: aprender a mirar, a interpretar, a comprender sin dejar de lado la búsqueda del rigor metodológico. Aceptar que somos parte de la realidad a investigar es quizá la puerta de entrada para una nueva forma de hacer investigación, en la que el rigor no se reduce a la exactitud, ni la comprensión se hace equivalente a la 'verdad'.

De esta manera, al hacer una apuesta por el diálogo entre tres grandes tradiciones como son la filosófica, la científica y la literaria se propone un nuevo horizonte metodológico que lleve implícito el rigor y la apertura. El desafío que se presenta a la investigación desde esta perspectiva implica poner en acto el discurso inter y transdisciplinario buscando en lugar de la unificación y homogenización del saber el reconocimiento de lo otro, de lo diferente, permitiendo a los saberes sobre el hombre abrir y reformular nuevas preguntas y nuevas formas de pensamiento.

Referencias bibliográficas

- Braunstein, N. (Comp.). (1978). *Psicología, ideología y ciencia*. México D.F., México: Ediciones Siglo XXI.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1993). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, España: Editorial anagrama, S.A.
- Foucault, M. (2007). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México D.F., México: Siglo XXI editores.
- Freud, S. (1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1979). El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen. En *Obras completas*. Vol. IX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Gadamer, H.G. (1992). *Verdad y método*. Vol. 2. Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- Galeano, M.E. (2004). *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro en la mirada*. Medellín, Antioquia: La Carreta editores.
- García, O. y Ruiz, M. (Comp.). (2008). *El giro hermenéutico de las ciencias sociales y humanas. Diálogo con la sociología*. Medellín, Antioquia: Universidad Nacional de Colombia.
- Heidegger, M. (2005). La época de la imagen del mundo. En *Caminos de bosque*. Madrid, España: Alianza editorial.
- Lepenies, W. (1994). *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Marcus, G. y Fischer, M. (2000). *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las Ciencias Humanas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Mardones, J.M. (1991). *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*. Barcelona, España: Editorial Anthropos.
- Morey, M. (1987). *El hombre como argumento*. Barcelona, España: Editorial Anthropos.
- Nietzsche, F. (1985). *Ecce Homo. Como se llega a ser lo que se es*. Madrid, España: Alianza editorial.
- Nisbet, R. (1977). *La formación del pensamiento sociológico I*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Osorio, C. (2006). Giro lingüístico, giro hermenéutico, giro semiológico. En *Genealogía del giro lingüístico*. Medellín, Antioquia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Savater, F. (2004). *Las preguntas de la vida*. Barcelona, España: Ariel.